

Que la había de vengar.
Mandó tocar sus trompetas,
El real mandara alzar;
Vistióse todo de luto,
Luego se quiso embarcar
Con solo diez caballeros
Que no le quieren dejar.
No quiso aguardar la flota,
Por no se tanto tardar,
Y dentro de siete días
A Sevilla fué á llegar,
Y de allí á pocos días
Es llegado á Portugal.
Fuése derecho á palacio,
Do solía reposar.
La Reina cuando lo supo
Vino á lo visitar;
Mas el Rey con mucha saña
D'esta suerte le fué á hablar:
—Mal vengades vos, la Reina,
Malo sea vuestro llegar.—
En diciendo estas razones,
La mandó presto tomar,
Y en el mismo repostero
Do su amiga fué á finir.
Mandó degollar la Reina,
Don Rodrigo cuartear,
Y á ese duque de Salinas,
Y al marques de Villareal,
Y al buen obispo de Oporto
Le mandó descabezar.
Hizo sacar á su amiga
Para con ella casar.
Y por heredar sus hijos,
A Don Pedro y á Don Juan,
Y despues con mucha honra
La mandó luego enterrar:
D'este modo vengó el Rey
A Doña Isabel Liar.

(TIMONEDA, Rosa Española. — It. Wol, Rosa de romances.)

1 Véase la nota del romance núm. 1243; pero obsérvese que el que anotamos aquí, tiene mas semejanza con la historia de Doña Ines de Castro que no el anterior.

ROMANCES DEL REY DON SEBASTIAN.

1243.

EL REY DON SEBASTIAN.— I.
(Anónimo.)

Una bella lusitana,
Dama ilustre y de valía,
Haciendo sus ojos fuentes,
Con llanto extiende la vista
A la poderosa armada,
Que de Lisboa salía,
La vuelta el mar de Levante,
Por Sebastiano regida.
Y como vido que el norte
Sopla furioso y aprisa,
Dijo con un ¡ay! del alma,
Triste, turbada, afligida:
«Que no hay quien baste
Contra gallardo rey, mozo, arrogante.»
Está mirando por tierra
La mucha gente lucida,
Diferenciados en traje
Y en diferentes divisas,
Porque aunque de Cristo llevan
La cruz en medio tendida,
El galán y enamorado
Conforme á su intento pinta;
Pero la afligida dama,
Que vido una roja insignia
En una alta popa puesta,

Desde un balcon que partía,
Dijo: «No hay quien baste
Contra un gallardo rey, etc.»
Mira las lucidas armas
Que lleva la fidalguía,
Y de telas de oro y plata
Costosas ropas vestidas;
Y las medallas compuestas
De muy rica pedrería,
Cadenas de oro pendientes,
Tantas, que la vista admiran;
Considerando de muchos
La dolorosa partida,
Y que va entre los que parten
El bien de su alma y vida,
Dijo:—«No hay quien baste, etc.»
Tocan las trompas á leva,
Y las cajas resonantes
Con los pifaros parleros
Dicen que todos se embarquen.
Los marineros dan voces
Para que el ferro se alce,
Y los lijeros grumetes
Al viento velas esparcen,
Cuando la dama hermosa
Procurando consolarse,
Dice:—Plega Dios que vuelvas
Victorioso y muy pujante,
«Y habrá quien baste
Contra un gallardo rey, mozo, arrogante.»
(Romancero general.)

1246.

EL REY DON SEBASTIAN.— II.
(Anónimo.)

De la sangrienta batalla
Que tuvo el rey Sebastiano
Con los africanos moros,
Rompido y desbaratado
Se ha escapado un español
De los que Felipe ha enviado
Al socorro y obediencia
Del bando del lusitano.
Despedazadas las armas,
Sin aliento y sin caballo,
En roja sangre teñido,
Por muchas partes llagado,
Arrimóse el español
A un árbol espeso y bajo,
De donde vido en su gente
Aquel mortífero estrago;
Y aunque lacio y macilento,
Dijo, que lo oyó un soldado:
—No me pesa de mi muerte,
Pues con una vida pago
La deuda que á Dios le debe
El católico cristiano;
Mas ¿por qué ha de morir
Un rey mancebo y lozano,
Y con él todos los suyos,
Por ser mal aconsejado?—
Estas razones diciendo,
Llegó el Rey alborotado,
Y dijo:—¿Cómo, español,
En tal prisa tanto espacio?
—Inclito Rey, le responde,
Oyeme bien lo que hablo,
Y es que te guardes, señor,
Y retires todo el campo,
Y no des al enemigo
Tan abierta y larga mano,
Y que los tuyos perezcan,
Sin que se escape un cristiano:
Mira que una retirada,
Cuando es con acuerdo sano,
Vale mas que un vencimiento,
Si el tal se alcanza con daño.—

El Rey atento le ha oído,
Y dijole:—Castellano,
Toma para tí el consejo
Que me das, no todo sano,
Más con pecho de cobarde,
Que no de diestro soldado.—
El capitán, que se vió
Ser del Rey abaldonado,
Cobró el aliento perdido
Y tomó presto un caballo,
Y con la espada desnuda
Parte al sarraceno campo,
Y dijole:—Excelso Rey,
Porque entiendas que mi brazo
No te ha de echar en afrenta,
Ten cuenta con lo que hago.—
Tres alcaides tiene muertos
En una hora de espacio,
Y mas de diez corredores
De los que andan en el campo.
El Rey, que atención le tuvo,
Aunque no estaba parado,
Dijo á los suyos:—Sin duda
El español es honrado;
Haced lo mismo vosotros
Los que vos preciais de hidalgos,
Y ninguno vuelva atras,
Mientras no vuelva mi brazo.—
Pero la parca cruel,
Que tiene el cuchillo alzado,
A Sebastiano dió muerte,
Y á su reino eterno llanto.
(Romancero general.)

1247.

EL REY DON SEBASTIAN.— III.
(Anónimo.)

Discurriendo en la batalla
El rey Sebastiano bravo,
Bañado en sangre enemiga
Toda la espada y el brazo,
Herida su real persona,
Pero no de herir cansado;
Que en tan valeroso pecho
No pudo caber cansancio,
A todas partes acude,
Do el peligro está mas claro,
Poniendo en orden su gente
Y temor en el contrario,
Entre los alarbes fieros,
Haciendo en ellos estrago,
Con la prisa y peso de armas
Sale cansado el caballo.
A remediar su peligro
Venir vió un valiente hidalgo;
Las armas traía sangrientas,
Por muchas partes pasado,
En un caballo lijero
Contra moros peleando,
Y sacando de flaqueza
La voz, dice suspirando:
—D'este caballo te sirve,
Inclito rey Sebastiano,
Y salvarás en salvarte
Lo que queda de tu campo:
Mira el destrozado sangriento,
De tu pueblo lusitano,
Cuya lastimosa sangre
Hace lastimoso lago;
Sin orden tu infantería,
Rompidos los de á caballo,
Señal de triste suceso
Favorable en el contrario.
Que te apartes d'esa furia
Te suplican tus vasallos
Llenos de sangre los pechos,
Puestas las vidas al caso:

Pon los ojos en tú fe,
Y recibe mi caballo;
Prefiérase el bien comun
A la vida de un hidalgo:
No abaldones mi desseo,
Huye las manos del daño.—
De cuyos ruegos movido,
Respondió el Rey acetando:
—A tal estrecho he venido,
Que tengo de ser forzado
A recibir con tu muerte
La vida que ya desamo;
Pero poca es la ventaja
Que me llevarás, hidalgo,
Que aquí do quiere fortuna,
No está mal morir temprano.—
Deciende, le dice el Rey;
Pero no puede el vasallo,
Que mil honrosas heridas
Le traian en tal estado:
Ayúdale á decender
El Rey con sus propios brazos,
Echándose al cuello,
Y subiendo en el caballo.
—Adios, dice, caballero,
Que á buscar venganza parto
En los fieros enemigos
Y á morir con mis vasallos.

(Romancero general, fol. 73 v.)

1 La acción de este soldado español con el rey Don Sebastian es una copia de lo que Moncada ejecutó con Don Juan I de Castilla, en la batalla de Aljubarrota, como se cuenta en el romance núm. 981, que dice: *Si el caballo vos han muerto.*

ROMANCES DE LA HISTORIA DE ITALIA

1248.

ROMANCE DE LA PAPIJA JUANA.
(Anónimo 1.)

Juana había por nombre
Una varonil mujer,
La cual en hábitos de hombre
Se puso por mas valer,
Llamándose Juan: en letras
Fué infinito trascender;
Porqu'en la ciudad de Atenas
Estudió con su saber.
Aprendió y supo tanto,
Que vino en Roma á tener
Cátedra, donde enseñaba
Muy contenta á su placer,
Y en las públicas disputas
A todos iba á vencer.
Fué de tanta estimación,
Que fué tenida á su ser
Por el mas sabio varon
Que Roma pudo tener.
Quiso su suerte ó desdicha
Qu'el Papa fué á fenecer,
El cual papa era Leon,
Cuarto se decía á mi ver.
Pues vacando así esta silla
De tan alto merecer,
Fué elegida del concilio
Por papa aquesta mujer.
Y estando puesta en tal trono,
Sin castidad mantener,
Con un esclavo s'echaba
Secreta, á mas no poder,
Del cual se hizo preñada
Sin nadie lo conocer.
Y como Dios no quisiese
Qu'esta fuese á florecer,
Y qu'en dos años y días
Perdiese el santo poder,

Acaeció esto : que un día
Ella yendo sin temer
Con la gran solemnidad
Que al Papa suelen hacer,
A visitar á San Juan
De Letran, fué á acontecer
Que los dolores del parto
Le vinieron sin querer,
Y en medio de aquel camino
Parió y murió de se ver
Tan pública y deshonrada
Sin mas poderlo esconder,
Y fué enterrada sin honra,
Pues que tal fué á acontecer.
Desde entónces acá usan,
Si algun papa han de poner :
Hay en el sacro Palacio
Una silla de valer
Abierta por bajo toda
Para que se pueda ver
Cubiertamente, si es hombre
El Papa qu'eligen ser.

(LINARES, Cancionero llamado Flor de enamorados.)

⁴ Este romance toma su asunto de una tradicion falsa ó inverosímil, inventada quizá por los protestantes luteranos para ridiculizar la suprema dignidad del catolicismo.

ROMANCES DE LA REINA DE NÁPOLES.

1249.

LA REINA DE NÁPOLES. — I.

(Anónimo.)

Emperatrices y reinas
Cuantas en el mundo habia,
Las que buscais la tristeza
Y hui de la alegría,
La triste reina de Nápoles
Busca vuestra compañía.
Va llorando y gritos dando
Do su mal contar podia.
— ¡Quién amase la tristeza
Y olvidase la alegría,
Porque lloren los mis ojos
Cuanto lloro yo tenia!
Vinome lloro tras lloro,
Sin haber consuelo un día :
Yo lloré al Rey mi marido
Que d'este mundo partia ;
Yo lloré al rey Alfonso,
Porque su reino perdia ;
Lloré al rey Don Fernando,
La cosa que mas queria ;
Yo lloré una su hermana,
Qu'era la reina de Hungría ;
Lloré al principe Don Juan,
Qu'era la flor de Castilla ;
Lloré al principe mi hijo,
Porque fraile se metia ;
Lloranme duques y condes,
Y otras gentes de valia ;
Lloranme las cien doncellas
Qu'en mi palacio tenia.
Estando en estos mis lloros,
Vinome mensajería
D'ese rey de los franceses
Que mi reino me pedía,
Porque dice qu'era suyo
Y que á él pertenecia ;
Y que si no se lo daba
Qu'él me lo tomara.
Un consuelo me quedaba
Asentado en rica silla :
Estos eran dos hermanos

Rey y Reina de Castilla.
Enviéles por socorro :
Que de grado les placia.
Subiérame á una torre,
La mas alta que tenia,
Por ver si venian velas
De los reinos de Castilla.
Vi venir unas galeras
Que venian de Andalucía.
Dentro viene un caballero,
Gran capitan se decia :
Bien vengais, el caballero,
Buena sea vuestra venida.

(Cancionero de romances.)

1250.

LA REINA DE NÁPOLES. — II.

(Anónimo.)

Emperatrices y reinas
Las que hui de la alegría,
La triste reina de Nápoles
Busca vuestra compañía.
Va diciendo y gritos dando
— De mi mal contar podria
Quien amase la tristeza
Y olvidase la alegría,
Porque viesen los mis ojos
El daño que les venia
En perder un tal marido
Que jamas no cobraria.
Lloren damas y doncellas
La Reina qu'en tal se via :
Quien pensó tener consuelo
Mal tras mal le combatia.
Un año habia y mas
Qu'este mal á mi seguia.
Vinome lloro tras lloro
Sin haber descanso un día.
Yo lloré al rey Don Alfonso,
Por la muerte que moria ;
Yo tambien lloré á su hermano,
Que un otro hijo no habia ;
Lloré al principe Don Juan,
Cuando fraile se metia.
Estando en estas congojas
Me vino mensajería
Qu'ese rey de los franceses
El mi reino me pedia,
Porque dice que fué suyo
Y que á él pertenecia.
Un consuelo me quedaba
Para mi postrimería,
Y este fué los dos hermanos
Rey y Reina de Castilla.
Demandéles yo socorro,
Que de grado les placia.
Subiérame á una torre,
La mas alta que tenia,
Para ver si vienen velas
D'este reino que decia.
Vi venir unas galeas
Y unas naos vizcainas ;
Mas el tiempo fuera tal
Que mi dicha lo desvia,
Que las galeas y naves,
Vueltas son para Castilla.
Ya despues d'esto pasado,
Estas y otras mas venian,
Y en ellas un caballero
De la noble Andalucía.
Este es Gonzalo Hernandez,
Con muy gran caballería.
Plegue á Dios de le guardar
De muy mala compañía.
Y á la reina qu'es de Nápoles
Su muy alta señoría,

ROMANCES CONCERNIENTES Á HISTORIAS DE PUEBLOS DIVERSOS.

Dejarla vivir alegre
En los dias de su vida.

(Aquí comienzan las copias de Madalenica, etc. Cuaderno suelto.)

ROMANCES DEL DUQUE DE GANDÍA.

1251.

JUAN BORJA, PRIMER DUQUE DE GANDÍA, HIJO DEL PAPA ALEJANDRO VI Y DE SU CONCUBINA VANOSIA, MUERE ASESINADO POR SU HERMANO CÉSAR, EN EL AÑO DE 1492.

(Anónimo.)

A veinte y siete de julio,
Un lunes, en fuerte día,
Allá en Roma la santa
Grande llanto se hacia
Por la muerte del buen duque
Que se llama de Gandía.
Lloran duques, lloran condes,
Lloraba la clerecía
Por tres dias con sus noches
Qu'el Duque no parecia.
Mandan pregonar por Roma,
Y el pregon así decia :
— Que cualquier que al Duque hallase
Mil ducados llevaria. —
Visto por los españoles
Que tal pregon se hacia,
Buscaban de casa en casa
Al gran duque de Gandía.
Al Papa vino un barquero
Que en Tiber pescar solia ;
Las rodillas por el suelo,
D'este modo proponia :
— Oigame tu Santidad,
Gran señor, si te placia.
— Di, barquero, tu embajada,
Que oida bien te seria :
— Traes nuevas por ventura
D'ese duque de Gandía ?
— Yo no traigo nueva cierta
Aunque traeria queria ;
Y es que estando aquí esta noche,
Casi la una seria,
Vi tres hombres abrazados
Que lidiaban á porfia
Todos tres en una puente,
Y despues vi que caia
Uno d'ellos en el agua :
E to es lo que yo sabia. —
En oír aquesto el Papa
Muy turbado se sentia :
Mandó juntar los barqueros
Y á todos les prometia
Que á cualquier que lo hallase
Grandes dones le daria.
Toman barcos y bateles,
Cuantos en el rio habia :
Rio arriba, rio abajo,
Búscale quien mas podia.
Mas aquel mismo barquero
Que la relacion hacia,
Echó los garfios al agua ;
Con ellos al Duque asia.
Desque le hubo sacado
Muy gran mancilla ponía.
Siete puñaladas tiene
Todas de mortal herida,
Por el cuello degollado
Aunque no lo merecía.
Una piedra á la garganta
Con que el cuerpo le sumía.
Un alcarchofado sayo
Su lindo cuerpo vestia ;
Un jubon de raso negro,

T. XVI.

Que se vistiera aquel día ;
Una gran cadena al cuello,
Que mil ducados valia ;
Otros tantos en la bolsa,
Y otras joyas de valia.
Entónces de verlo así
Toda la gente decía :
— Aquel que al Duque mató
Por dineros no le habia,
Sino por el malogrado
Del buen duque de Gandía. —
Visto por el Padre Santo
A Dios oracion hacia :
— ¡ Malditos sean de Dios,
Tambien de Santa Maria,
Los que á mi hijo mataron,
Todo mi bien y alegría ! —
Ahi estaba un arzobispo,
Que de la traicion sabia :
Respondiendo al Padre Santo,
D'esta suerte respondia :
— No los maldigais, señor,
Que no es cosa que cumplia,
Que los que al Duque mataron
Ya pasaa de Lombardia. —
Oyendo esto el Padre Santo,
A su oracion se volvía ;
Las rodillas por el suelo
D'esta suerte proseguia :
— Benditos sean de Dios,
Tambien de Santa Maria,
Los que á mi hijo mataron
Con tan grande alevosia ;
Absuélvolos desde aquí,
Pues Dios así lo queria. —

(TIMONEDA, Rosa gentil. — It. WOLF, Rosa de romances.)

⁴ Al mismo tiempo que resalta la divinidad del Cristianismo, pues ni los excesos de muchos papas, ni la conducta atroz de Alejandro VI y su familia pudieron destruirle, este romance deja traslucir el error y extravío de las conciencias y de la opinion religiosa, no ya solo entre el pueblo, sino tambien entre los potentados. No es la idea del perdón y la clemencia evangélica la que usa un arzobispo para que el Papa revoque las maldiciones contra los asesinos de su hijo primogénito y espúreo, sino la de que iban á recaer sobre otro de los suyos, el mas abominable de los hombres. ¿Qué hace el Papa en su corazon? Tratar á Dios como un manequi que debe mudar su justicia segun el interes suyo.

1252.

AL MISMO ASUNTO. — II.

(De Rodrigo de Reinos.)

A ventisiete de julio,
Un lunes, en fuerte día,
Allá en Roma la santa
Muy grande llanto se hacia.
Lloran duques, lloran condes,
Llora la caballería ;
Lloran obispos y arzobispos,
Con toda la clerecía ;
Llora la corte romana,
Todos en comun decian :
— Tres dias ha con sus noches
Qu'el Duque no parecia. —
Mandó pregonar por Roma
Por toda la clerecía,
Cualquier que al Duque fallara,
Mil ducados le darian
De buen oro y de buen peso,
Luego se los pagarian.
Desque vieron los españoles
Que diligencia ponian,
Búscalo de casa en casa
Al buen duque de Gandía.
Por ahí viniera un barquero,
Que viniera ribera arriba.

13

Besó las manos al Santo Padre,
 Y los piés con grande estima.
 Allí habló el Santo Padre,
 Bien oiréis lo que decía:
 —Enhorabuena vengas, hombre,
 Buena sea tu venida:
 Dime, ¿traes nuevas del Duque,
 De mi hijo el de Gandía?
 —Yo no traigo nueva cierta,
 Ni de cierto lo sabía;
 Mas oí estando esta noche,
 Señor, por ganar mi vida,
 Oí un gran golpe en el río,
 Que todo el río sumía.
 Quizá por el su pecado
 Será el duque de Gandía.—
 Toman barcos y bateles
 Cuantos en Roma había,
 Río arriba, río abajo.
 Buscan al duque de Gandía;
 Mas aquel mesmo barquero
 Que las nuevas traído había
 Echó los hierros al agua
 Con qu'el Duque topado había.
 Desque lo hobieron sacado,
 ¡Señores, era mancilla!
 Tenia siete puñaladas,
 Todas de mala herida;
 Degollado por la garganta,
 Qu'el tal mal no merecía:
 Una gran piedra al pescuezo,
 Todo el cuerpo le sumía:
 Un sayo alcarchofado
 Que un cuento y mas valía;
 Un jubon de ceti negro,
 Que se le vistió aquel día;
 Un cinto de cadenas de oro
 Que tres mil ducados valía:
 Otros tantos en la bolsa
 Y ende arriba sería:
 Por ende mirad, señores,
 Y poneldo en mas estima,
 Que los que al Duque mataron
 Por dineros no lo habian:
 Habianlo por el malogrado
 Del buen duque de Gandía.
 Volvamos al Santo Padre,

De las cosas que hacía.
 Hincó las rodillas en tierra,
 A Dios su oracion hacía,
 Llorando de los sus ojos,
 De la su boca decía:
 —¡Quien te me mató, mi hijo,
 Y matárteme quería,
 Maldito sea de Dios,
 También de Santa María!
 Lo que yo maldigo en tierra
 En el cielo se maldecía.—
 Allí habló un arzobispo
 Que de la traicion sabía:
 No los maldiga tu Santidad
 Ni maldecirlos querria,
 Que los que al Duque mataron
 Muy gran pecado tenian,
 Y por esa maldicion
 Bien contado no sería.—
 Allí habló el Padre Santo
 Bien oiréis lo que decía.
 Ambas rodillas hincó
 Como ántes hecho había:
 —¡Benditos sean de Dios,
 También de Santa María,
 Los que á mi hijo mataron!
 Perdonolos por mi vida.—
 Mandó traer las cruces
 Cuantas en Roma tenia;
 Con la clerecia toda
 Traen al duque de Gandía.
 A Santa María lo llevan
 Del Pópulo qu'ende había,
 Y aquel día allí lo entierran
 Y un rétulo allí ponian
 Encima su sepultura
 Que d'este modo decía:
 «Aquí yace el malogrado
 »Del buen duque de Gandía,
 »Del cual Dios haya merced
 »Perdonando sus pecados,
 »Y de todos los culpados. Amen.»

(Comienza un razonamiento por coplas, etc.)

* Este romance ha sido refundido en el que le precede, de modo que puede considerársele casi como uno mismo.

ROMANCERO

DE

ROMANCES VULGARES.